HERMANDAD DEL SILENCIO

CIUDAD REAL

ORACIÓN

ANTE EL SANTÍSMO CRISTO DE LA BUENA MUERTE

Y NUESTRA SEÑORA DEL MAYOR DOLOR

Lunes Santo 2020

INTRODUCCIÓN

A estas horas, deberíamos estar a los pies del Cristo de la Buena Muerte y la Virgen del Mayor Dolor, pero la realidad nos ha obligado a permanecer en casa. Encerrados. Hemos recorrido una Cuaresma sin precedentes. Ha sido como la *noche oscura.* Quizá hemos tenido la oportunidad de saborear más la oración personal, la oración familiar. También hemos tenido la oportunidad de acercarnos, como esta noche, a la oración comunitaria a través de las redes sociales.

El Papa Benedicto XVI dedicó su Mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, en el año 2013, a dichas redes sociales: *Redes sociales: portales de verdad y de fe; nuevos espacios para la evangelización.*

El pasado 27 de marzo, el Papa Francisco impartía la bendición Urbi et Orbi, en una circunstancia insólita. La Plaza de San Pedro estaba vacía. El Papa dirigió esta oración para todos los enfermos y los ancianos que se encuentran estos días en soledad y animó a

todos los cristianos a unirse con el objetivo de responder y poner fin a la pandemia del coronavirus con "la universalidad de la oración, la compasión y la ternura.

La Hermandad del Silencio, cumpliendo sus reglas, ha sido fiel año tras año a venerar, de una manera especial, las imagenes del Cristo de la Buena Muerte y de la Virgen del Mayor Dolor, una vez que ha sido descolgado de la pared desde nos contempla durante todo el año y puesto a los pies de su Madre. Un momento íntimo que la hermandad vive con respeto y devoción.

Donde hay un cristiano en oración, ahí está la Iglesia. Esta noche nos unimos a toda la Iglesia en esta oración personal e íntima.

V/ Dios mío, ven en mi auxilio

R/ Señor, date prisa en socorrerme ✠

Señor, he contemplado los pasos de tu Pasión hasta el momento cumbre de tu muerte en la Cruz, y siempre me queda la pregunta: ¿Por qué? Y ¿por qué así? ¿Qué nos quieres decir con tu muerte tan terrible a nuestros ojos?

Sé que no es ficción el relato del Evangelio, y sé que Tú no eras un superhombre. Te dolió el desprecio, la dureza de tu pueblo, la violencia de los soldados, la indiferencia de la gente que te vio pasar por la calle cargado con el madero, y te creyó malhechor.

Tus sufrimientos no fueron irreales. Pero dime, ¿qué te llevó hasta ese límite? ¿Cómo pudiste resistir? ¿Qué secreto llevabas en tu corazón, que te hizo subir al Monte Calvario sin protesta, sin resistencia, sin defensa?

Tú sabes bien el desconcierto que supone para nosotros la prueba, el dolor, la enfermedad, la pérdida de un ser querido, la catástrofe… las consecuencias de la pandemia. Estos días, vivimos con angustia, con miedo, con incertidumbre…

Ante esta situación nuestras reacciones muy diferentes desde la tristeza a la resistencia; desde la sublimación a la desesperanza; desde la conciencia de desgracia, a la ofrenda.

Señor, cuando te contemplo muerto en la Cruz, me pregunto si es posible, humanamente hablando, padecer lo que Tú padeciste y sufrirlo como Tú lo sufriste. ¿Qué puedo decirle a quien está acosado por circunstancias adversas, hasta el extremo de sentirse abandonado hasta de Dios?

Soneto al Cristo Crucificado

No me mueve, mi Dios, para quererte
el Cielo que me tienes prometido
ni me mueve el Infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.
Tú me mueves, Señor. Muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme el ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas, y tu muerte.
Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que, aunque no hubiera Cielo, yo te amara,
y, aunque no hubiera Infierno, te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera,
pues, aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

(San Juan de Ávila)

Señor, ¿qué fuerza cabe sentir ante la prueba para afrontarla con serenidad y paz, hasta con alegría?

La epidemia que actualmente sufrimos me ha recordado, dice Álvaro Pereira, un testimonio conmovedor del año 253 d. C. acerca de cómo los primeros cristianos afrontaron una gran plaga de peste que diezmó la ciudad de Alejandría. Así cuenta Dionisio, el obispo de aquella ciudad:

«La mayoría de nuestros hermanos, por exceso de amor y de afecto fraterno, olvidándose de sí mismos y unidos unos con otros, despreocupados de los peligros, visitaban a los enfermos, les atendían en todas sus necesidades, los cuidaban en Cristo y hasta morían contentísimos con ellos… los mejores de nuestros hermanos partieron de la vida de este modo, presbíteros —algunos—, diáconos y laicos, todos muy alabados, ya que este género de muerte, por la mucha piedad y fe robusta que entraña, en nada parece ser inferior al martirio… En cambio, entre los paganos fue al contrario:

incluso apartaban a los que empezaban a enfermar y rehuían hasta a los más queridos, y arrojaban a moribundos a las calles y cadáveres insepultos a la basura, intentando evitar el contagio y la compañía de la muerte, pero no importaba lo que hicieran: no pudieron escapar

Y me viene a la memoria el texto bíblico, que sin duda conoces: "*El Señor me abrió el oído, yo no me resistí ni me eché atrás. El Señor me ayuda, por eso no sentía los ultrajes. Tengo cerca a mi defensor, ¿quién pleiteará contra mí? Mirad, el Señor me ayuda, ¿quién me condenará?"*

Sé que en tu Cruz se encierra la clave para iluminar la de cada uno. Sé que en tu silencio se encierra el mejor testimonio de solidaridad ante nuestro dolor. Reconozco que cuando se vive según Dios quiere, Él se compromete a hacer posible hasta lo que nos parece insuperable.

No me quiero hacer valiente, ni parecer que estoy sobre el bien y el mal por haber llegado a la santa indiferencia. Te pido, Señor, ante tu Cruz, que en cada circunstancia en la que podamos estar más próximos a la experiencia del dolor, nos trasfundas la fortaleza y la confianza que Tú percibiste como certeza de fe en el amor de tu Padre. (Ángel Moreno. Buenafuente del Sistal)

Canto. No Tengo Miedo.

(puedes escuchar la canción pinchando el enlace)

https://www.youtube.com/watch?time_continue=25&v=6z8PPbNYpEc&feature=emb_title

Salmo 85 (completas lunes santo)

De la vida en la arena
me llevas de la mano
al puerto más cercano,
al agua más serena.

El corazón se llena,
Señor, de tu ternura;
y es la noche más pura
y la ruta más bella
porque tú estás en ella,
sea clara u oscura.

La noche misteriosa
acerca a lo escondido;
el sueño es el olvido
donde la paz se posa.

Y esa paz es la rosa
de los vientos. Velero,
inquieto marinero,
ya mi timón preparo
-tú el mar y cielo claro-
hacia el alba que espero.

V/ Mirad el árbol de la cruz, en que estuvo clavada la salvación del mundo.

R/ Venid a adorarlo

Este árbol de la cruz cuyo fruto humano eres Tú, Cristo Jesús, reparó el daño que el pecado causó en nosotros. Cuando te vas, a esta hora de tu amarga muerte, es el momento de decirte: gracias por las Bienaventuranzas; gracias por tu sangre derramada; gracias por tu vida dada; gracias por tu justicia, tu paz, tu amor inagotable hacia nosotros.

Es la hora de tu generosidad: la de mostrarnos tu amor hasta el extremo; la hora de dar tu vida. Es la hora del amor y de la generosidad, porque sólo el amor salva. Y con el amor la fraternidad, la justicia, la verdad y el servicio se hacen efectivos.

El odio, nos lo dices desde la cruz aunque no hables, el odio, la violencia, la injusticia llevan a la muerte. Nos dices que si alguien quiere amar, que lo haga como Tú nos amaste: sin límites. Que si alguien comprende lo que estás haciendo, que no se encierre ya en sí mismo sino que abra los brazos para estrechar al hermano.

El camino de la cruz ha llegado a su fin. Todo queda terminado, consumado. Por eso, "reclinando la cabeza, entregó el Espíritu". Ante este Cristo muerto quiero descubrir, vivir, celebrar y experimentar que Dios es amor, y que Él nos amó primero.

Ahora tengo razones para amar, porque he sido testigo de que el amor existe, de que el amor es verdad, de que el amor es Dios que nos ha amado sin excluir a nadie. Me toca ahora amar a mí dándome, haciéndome pequeño, perdonando, poniendo la otra mejilla, que es lo contrario de pisar, humillar, herir, rechazar. Porque ya está bien de despilfarrar vida, de echar por tierra tanta capacidad de ilusión y de bien.

Déjame que a tu lado ponga mi cruz, oh Cristo. Deja que mi sangre se mezcle con la tuya. Que nunca desde mi cruz blasfeme, pensando que son estériles el dolor y la muerte que me cosen a ella. Que no malgaste mi dolor y mis horas. Que descubra que tu muerte es mi vida. (Francis Pastor. Cfm)

Lectura del Evangelio

Cristo padeció por nosotros, dejándonos un ejemplo para que sigamos sus huellas. Él no cometió pecado ni encontraron engaño en su boca; cuando lo insultaban, no devolvía el insulto; en su pasión no profería amenazas; al contrario, se ponía en manos del que juzga justamente. (1P. 2,21-24)

Cántico de María. ✞

Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo,
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

El hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de su misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abraham y su descendencia por
siempre.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre, por los
siglos de los siglos. Amén.

Final

V. El Señor nos bendiga, nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida eterna.

R/ Amén ✞

HERMANDAD DEL SILENCIO

PARROQUIA DE SAN PEDRO

Ciudad Real